

CREENCIA Y ESTILO EN SALUSTIO II. ACERCA DE *DE CONI. CAT. VI, 1-2*

Enrique Otón Sobrino
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El uso tan peculiar que del estilo hace Salustio, le permite, mediante una serie de contraposiciones binarias, abordar distintos aspectos de la narración a fin de fortalecer sus ideas acerca de distintos aspectos y momentos de la historia.

PALABRAS CLAVE: Salustio, Historia, Estilo, Literatura Latina.

ABSTRACT

«Belief and Style on Sallust II. About *De coni. Cat. VI, 1-2*». The particular use that Sallust makes of style lets him make an approach, through binary opposition, to different aspects of the narration, in order to emphasize his opinions with regards to several moments of History.

KEY WORDS: Sallust, History, Style, Latin Literature.

Salustio, en los prólogos de sus dos monografías, como es bien sabido, sienta los principios, primordialmente de índole religioso-filosófica, sobre los que va a alzar su narración. Este fondo presente de una u otra forma en los distintos capítulos requiere del lector una permanente remisión, pues lo allí confesado rebasa con mucho la frontera de los prefacios convencionales. Mas bien se dijera que el prólogo impregna la narración, procurando de esta manera congruencia y solidez internas al relato, alejado por ello de la calculada distancia de un César en quien una tercera persona jamás fue más subjetiva, o del apasionamiento cuasi-wagneriano de un Tácito. Más allá de los acuerdos que suscite o no el historiador latino, su fe filosófica en principio le permite una visión completa que posibilita, por ejemplo, lo inaudito, según prueba el contraste entre el comportamiento de Catilina y la peripecia de su muerte, y el equilibrio en el examen de los hechos, como atestiguan los no siempre inocentes *sunt qui... alii...* y sus muchas variantes que pululan a lo largo de sus escritos.

Sin entrar en detalles de lo aquí suscitado, resulta innegable que el autor latino, al dar cuenta claramente de las claves exegéticas de su narración, deja al lector intacta su responsabilidad a la hora de admitir o declinar lo contado, permitiéndonos examinar no sólo la materialidad de los hechos sino escudriñar incluso la intención de la que nacen, y, dada la congruencia de su postura, medir la enver-



gadura moral de sus personajes, de cuyas peripecias son testigos prácticamente oculares los contemporáneos al igual que sucedía con los relatos de Nevio y Ennio, quienes deben ser postulados por ello entre los primeros (y más modernos) historiadores de las letras latinas.

A lo largo de sus monografías, no es en absoluto baladí la elección del estilo narrativo, convertido en una impronta en todos y cada uno de los capítulos en los que va entreverando sus puntos de vista acerca de distintas cuestiones sin quebrar por ello en ningún momento la tensión filosófico-dramática, encarecida por la particular relevancia conferida al uso tan personal de la distribución binaria o de la junturas irónicas, de los quiasmos o de la *variatio*, amén de las correspondencias acústicas o de sentido o las muy peculiares apariciones del caso dativo. Gracias a esta armonía de fondo y de forma siempre estamos en condiciones de escuchar los latidos más profundos del alma del escritor romano.

Una muestra de todo esto puede ser VI, 1-2 del *De coniuratione Catilinae*, líneas en las que el autor expresa lo que bien podría ser su teoría antropológica y política de la instauración de la ciudad. Su prácticamente inicial *sicuti ego accepi* nos hace saber hasta qué punto ha de hacer propios unos acontecimientos que, como tales, caen fuera de él, pero que, sin embargo, en la medida en que van a ser narrados por su pluma, los acoge de cierta manera, no siéndole ya en nada ajenos. De ahí que se sitúe cronológicamente al cabo de quienes antes los transmitieron. Dentro de esta tensión entre sujeto y objeto en la cual la presencia del pronombre *ego* no es énfasis meramente gramatical sino expresión existencial, han de entenderse los hechos que se nos van a relatar distribuidos, dijéramos, en dos bloques temporales, *initio* y *postquam* que, a doble vertiente, apuntan a la materialidad de lo contado y, más sutilmente, a su entidad moral supuesto que son hombres sus protagonistas.

En la primera hoja del díptico cronológico figura *en vedette*, según cabía esperar, el centro neurálgico del relato expresado mediante una repetición conceptual que no lo es tanto, según se precisará luego, *urbem Romam*, la cual *condidere atque habuere* (una construcción binaria solemnizada por la terminación verbal elegida) *Troiani* y *Aborigines*, relacionados estrechamente ambos por *cumque is* en lo que hace a la simultaneidad de la acción que no se dio sin la intervención al alimón de unos y otros. Entre ambos sujetos, empero, se registran concomitancias y oposiciones; una nueva dualidad que nos adentra en las claves de la narración salustiana. Troyanos y Aborígenes andan como a la deriva: aquéllos, con acentos casi virgilianos, *profugi* y *sedibus incertis vagabantur*; éstos, un *genus hominum agreste*. La diferencia, hasta cierto rubricada, por la variedad sintáctica de las líneas dedicadas a los primeros y por la simple acumulación de sustantivos y adjetivos sin nexo verbal en las palabras consagradas a los segundos, estriba en que los advenedizos en su desgracia están bajo la guía de Eneas que los conduce (*Aenea duce*), en tanto que los naturales del lugar quedan a merced de su anarquía al vivir *sine legibus sine imperio, liberum atque solutum*, es decir sin orden ni concierto en lo civil y en lo militar. La tensión del pasaje se echa de ver, al quedar contrapuestas la contención habida en *duce*, principio de orden y, por estar junto a *profugi*, impedimento de que el éxodo de los desterrados se trueque en desbandada, con el desorden dibujado en el otro



pueblo tanto en su condición material de montaraces y la moral, explanada en otra construcción dual con una fuerte *variatio* a causa de la utilización de los dos ablativos que refuerzan la idea de ausencia, y de los dos adjetivos unidos por el intensificador *atque*, a cuyas apariciones también y a causa de los ecos que despierta y su especial significación hemos de permanecer atentos para estar en condiciones de reparar en los diferentes matices y tonos de la narración, imprescindibles todos ellos a la hora de una cabal comprensión del texto.

En el segundo bloque *postquam* continua el transcurrir del tiempo. A unas divergencias, insalvables a las primeras de cambio, sigue un intento de aproximación cuyo sujeto, *hi*, nos remite tanto a *Troiani... Aborigines* como a *cum is* del párrafo anterior, pero ahora aunados, no separados, supuesto que esta compañía pudo por sus características sólo ser coyuntural, pero ha resultado a la manera de una primera agregación que, en su aspecto meramente material, ya apunta a su superación. Efectivamente, *in una moenia convenere* (de nuevo la forma verbal nos traslada al tiempo en que los hechos sucedieron) esboza, en la medida en que se han mostrado capaces de ello, la conjura casi definitiva de la condición de *profugi* y de *agreste*, al darse una concentración y una con-vivencia en un mismo lugar (*una* y *con-* se encargan de subrayar la importancia del hecho) por más que sean deudores, todavía, de aquellas sus con diferencias, consignadas aquí en quiasmo respecto del párrafo anterior: *dispari genere, dissimili lingua, alius alio more viventes*, un díptico con falsa apariencia de trimembre, toda vez que las dos primeras consideraciones afectan a aspectos exteriores o sociales mientras que la última, con su palpable construcción binaria (*alius alio*) se circunscribe a la intimidad de los sujetos, por más que esta moralidad no deje de proyectarse en hechos. Esta agregación, sin embargo, gracias al esfuerzo mancomunado de aquella *multitudo* no se detuvo aquí sino que, dentro de un periodo admirablemente vertiginoso (*brevi*), *coaluerint*, (el prefijo, en tensión con el ya citado *cum is*, carga con el tono de la frase y subraya la significación verbal en contraposición con los adjetivos *diversa atque vaga*), alcanzando así una nueva instancia superior de convivencia, la *civitas* cuya base ya es decididamente una predisposición moral: la *concordia*.

Mas este único sujeto, una vez en posesión de este logro, aquí subrayado por una especie de composición en anillo en cuanto a los conceptos de “ciudad”, debe cobrar conciencia de que esta nueva realidad humana, si bien precisa de una materialidad en la que acontecer (*urbs, moenia*), sólo alcanza su más propia razón de ser si persiste en el quehacer moral del que ha surgido (*facta est*) a través de todas las vicisitudes de su historia a fin de que la *urbs Roma* no corra el peligro de quedar reducida a un recinto innominado sino que prevalezca, precisamente, como *civitas* esta misma *urbs Roma*, en virtud de la exigencia moral que a los hombres concierne como responsables de la historia, no importa en medio de qué circunstancias, según anticipa el emocionado pasaje de los fragmentos 42 y 43 en el que Nevio refiere las razones por las que prefirieron hacer frente a la muerte aquellos soldados quienes, en su lejanía, se convirtieron así en un imperativo moral para las autoridades romanas.

Mas como esta proyección moral puede darse tanto en la hora de la responsabilidad como en la de la apostasía, todo pende de la voluntad de cada uno; al fin y al cabo, lo hemos visto, *alius alio more viventes*. Por tanto, lo encarecido por la ali-



teración *concordia civitas*, aunque sea lo más propio, es susceptible, en un momento cualquiera del devenir, de quedar quebrantado por el extravío de quien protagoniza ahora y aquí su realidad humana, de acuerdo con lo ya dilucidado el autor como confesión de su fe en el prólogo.

El inicio del capítulo XIV nos permite, por ejemplo, calibrar cómo el autor mediante distintos recursos literario-estilísticos subraya y ensambla los diferentes pasos de su narración. *In tanta tamque corrupta civitate Catilina...*, realizada por la intensidad de los ponderativos, nos evoca con terrible ironía el revés del tapiz de la hace poco leída en VI, 2, pues la descripción feliz queda sustituida por la de degradación absoluta que acabó por barrer aquella *concordia máxima*, nacida de la práctica de los *boni mores*, frente a *minima avaritia* (en IX, 1). Los sucesivos momentos históricos escalonados, bien mediante la cronología marcadas por los adverbios y conjunciones temporales o la aparición de los verbos incoativos y su proceso ulterior culminado con distinta suerte, amén del aspecto durativo de los imperfectos del indicativo, se caracterizan por apuntar hacia la conducta de cada sujeto, de quien, ajustado o no a las exigencias éticas, depende el sentido de la acción misma. Y Salustio conoce bien de lo que está hablando: en efecto, él supo igualmente de la elección errada: *imbecilla aetas ambitione corrupta tenebatur* (III, 3), lo que hasta cierto punto habilita su discernimiento sobre la responsabilidad moral de Catilina, también perjudicado por los *corrupti civitates mores*, según hace constar en VI, 8.

Y es así como a través de su gran dominio de los recursos estilísticos Salustio traza los vaivenes de los acontecimientos, haciéndonos ver, unas veces, las honduras más negras de sus personajes como sucede, respecto de Catilina, con la terrible juntura de V, 1 *...discordia maxuma grata* (V, 1), otras, el inevitable absurdo acontecido al tener que ser declarado nada menos que *hostem atque parricidam* (XXXI, 8) un ciudadano que, aunque en su interior cree pertenecer a aquella comunidad por sentirse *circunventus ab inimicis* (XXXI, 9), ciertamente ha dejado de serlo a causa de un comportamiento en nada diferente del de un enemigo venido de fuera a hostigar una ciudad en la cual únicamente se había librado el *gloriae maximum certamen* (VI, 6), supuesto que *iurgia, discordia, simultates cum hostibus exercebant* (IX, 2). Ciertamente la obstinación de Catilina, al igual que un torbellino, va a barrer de la *civitas* su razón de ser, la *concordia*, haciendo gala con ello de su condición de *ab senatus hostis iudicatus...* que en un momento dado le recordará Volturcio (44, 6).

Pero porque la historia es llevada a cabo por hombres y no por héroes, aquellas cualidades del protagonista, malogradas en principio, no se extinguieron del todo, sino que, contra pronóstico acaso, resurgieron en el momento ineludible de la muerte, allí donde el hombre prueba su irrevocabilidad con su decisión última. Catilina no es una excepción, es uno más de los incontables *mortales* que en tal circunstancia han de probar su condición de ser humano. De ello deja constancia Salustio, con una sencillez expositiva del todo acorde con la solemnidad del instante, en un pasaje de LX, 7 en el cual, no por casualidad, la aliteración *confertissimos ... confoditur* nos trae a la memoria esas otras aliteraciones en “c” que han ido desfilando ante nuestros ojos y han resultado tan significativas al ahorrar ellas de manera tan eficaz el registro del acontecimiento concreto y la moralidad que subyace en su fondo, conjugando en todo momento la narración del hecho positivo y su consiguiente interpretación.



La gran variedad de los recursos estilísticos de Salustio, siempre al servicio de un intenso patetismo, por tanto, lejos de ser una ornamentación efectista y superficial, brillante pero hueca, son la clave que nos hace caer en la cuenta de aquello que el autor nos quiere transmitir. Por desbordar con mucho la exigencia de la elegancia retórica se convierten en manifestaciones de una actitud moral que, compartida o no por el lector, le solicita, empero, una hermenéutica honesta que en su sinceridad tiene la certeza de arriesgar en este encuentro tanto como el escritor.



